

—¿De suerte que ya no me desprecias?  
—No recuerdes ese triste pasado; eres todo para mí.

—¿Me quieres?

—Con todo el corazón.

Por un movimiento maquinal, adelantaron ambos las manos y se las estrecharon fuerte y tenazmente, mientras seguían mirándose con ojos anhelosos; el toque de la campana los hizo volver á la realidad y los obligó á deshacer aquel suave nudo. Por fortuna estaba desierta ya la sala y nadie se había dado cuenta de la escena.

---

#### XIV

A toda orquesta

¡Qué extraordinarias transformaciones sufre á veces el mundo! ¿Por qué se ostenta de repente más diáfano y profundo el azul de los cielos, y parece que el espacio mismo sonríe con su dulce transparencia? ¿Qué mano es la que deslie tantos y tan gratos perfumes en el ambiente? Nunca fué la luz más clara ni espléndida: antes servía sólo para iluminar los objetos, y hoy parece que los acaricia y rodea de sagradas aureolas. Las flores habían sido simplemente decorativas, y

carecían de vida y perfume; mientras ahora, como si hubiesen sido acabadas de criar, iérguense cubiertas de mantos de vivos colores, frescas y coronadas por las deslumbradoras diademas que les teje el rocío. ¿Y las aves? ¿Dónde tenían escondidos sus trinos y cantos más poéticos, y por qué sueltan hasta hoy la música antes no oída de su argentina garganta? ¿Quién pintó de nuevo las alas de las mariposas, que parecían ya viejas y polvorientas?

El universo entero se ha renovado: todo se muestra joven y risueño, desde la montaña azulada que se dibuja á lo lejos, como pilar aéreo del cielo, hasta las nubes plateadas que semejan blancos velones esparcidos al viento; desde el radioso amanecer, que ríe en el Oriente y salpica la tierra y el espacio con rica pedrería, hasta la oscura noche, que lleva en sus entrañas el astro del ensueño, rodeado de inmortales luciérnagas. ¿Dónde están los pesares que tanto contristan, dónde las coronas de espinas y las cruces agobiadoras? Todas esas sombras se desvanecen ante las ninfas que pueblan el bosque, ante los geniecillos que asoman la cabeza acurrucados en las corolas de las flores, y ante los silfos que cantan ensueños y ternezas con la voz del viento y de las frondas. Todo brilla, perfuma y canta; y sobre la inmensidad radiosa y

llena de amor, se cierne el Ser infinitamente santo y magnífico, que goza con el contento universal y bendice lo criado.

La humanidad es buena y generosa: los ojos son espejo de luz, la sonrisa expresión de afecto, la palabra caricia del oído. ¡Oh hombres, recordad que somos hermanos; amémonos y estrechémonos en un inmenso abrazo. ¡Sed dichosos! Que la mano del Omnipotente derrame sobre vosotros sus dones; que no lloréis, que no conozcáis el hambre, la miseria ni el dolor; que reinen sobre vosotros la paz y la justicia. El porvenir está lleno de esplendores. De su seno se escapan ráfagas luminosas, oleadas balsámicas, y risas, y cánticos. ¡Cuán bella es la vida, qué alegre la juventud, qué elixir tan suave y embriagante el del amor! ¡Señor, bendito seas porque has extendido sobre nuestras cabezas esa inmensidad diáfana y pura, que has poblado de astros; porque prendiste de la bóveda del cielo una lámpara roja y otra blanca, una para alumbrar la vida y otra para iluminar el ensueño; porque vestiste de esmeralda los campos, alfombraste de colores la llanura y diste vivo matiz á las flores y á las alas del colibrí; porque has formado del aquilón y del céfiro, de la selva y del ramaje, del oleaje y de la brisa, de todo lo que ruge, truena, canta y llora,

un coro sublime que se eleva desde este valle de lágrimas hasta tu solio!

Así piensan y sienten los que aman y son amados; y así Joaquín y Berta, suspensos y absortos por el deliquio de su amor, fueron pasando los días siguientes á la mutua confesión de su cariño y al abrazo místico de sus almas, sin saber si iban por el suelo ó bogaban por los limbos del éxtasis. Llevaban aparentemente la vida de siempre; pero eran otros por dentro. Hablar de sus ilusiones, hacerse juramentos de amor, y mirarse sin descanso, con hambre siempre nueva y nunca saciada: tal era su vida.

Pronto dejó de ser un secreto para el Hospicio el amor que se profesaban; sus ojos y las mutuas finezas que se tributaban, los traicionaron; y ellos mismos no pensaron en ocultarlo, por ser tan puro y honesto su afecto. Sor Ignacia y las otras hermanas recibieron la noticia sin asombro, y manifestaron el agrado que les producía; y, además de eso, tomaron empeño desde luego, en que el idilio concluyese cuanto antes, para dar fin á escrúpulos y situaciones falsas. Tal era la costumbre del Hospicio: casar pronto á los enamorados. Una vez descubierta su inclinación, se les buscaba manera de vivir fuera del establecimiento. Por fortuna, Joaquín sabía ya ganarse la vida y había cumplido veintidós años; de suerte que

las cosas podían hacerse como Dios manda. La noticia de tan violento acuerdo, sorprendió á los jóvenes, que juzgaban algo más difícil y complicado el camino de la dicha; pero los elevó en seguida á lo que puede llamarse el séptimo cielo, por el inmenso regocijo que despertó en su corazón.

En medio de tan dulces divagaciones, llegaron á oídos de Berta algunos rumores concernientes á Paulina, que le causaron viva inquietud. Hacía algún tiempo que la señora Contreras y Espinosa había dejado de visitar el Hospicio, ó sólo se presentaba por ahí de tarde en tarde, y siempre de prisa. Cuando se le veía, deslumbraba con su elegancia y no tenía más conversación que la de teatros, bailes y paseos. Temerosa, pues, de no hallar ocasión de verla en largo tiempo, rogóle Berta por medio de atenta esquila, se tomase la molestia de pasar por el Hospicio cuanto antes, pues tenía un grave asunto de que hablarle; y en obsequio de la verdad histórica, debe decirse, que Paulina acudió luego á su llamado, dando muestra con ello, de querer de veras á su condiscípula y amiga. Esta, al verla, se llenó de contento:

—En el alma te agradezco, le dijo, que no me hayas hecho esperar. ¿Qué había sido de tí en tan largo tiempo?

—Las atenciones sociales no me dejan

descansar. repuso Paulina. Corro todo el día por los almacenes y las tiendas, y por la noche, nunca faltan los compromisos: ya el teatro, ya la reunión, ya las visitas.

—Mucho te habíamos echado de menos; confiesa que si no te hubiese llamado, habrías tardado en venir.

—Tal vez no, ya andaba pensando en hacerlo, pues yo también tengo negocio contigo.

—Me alegro de haber sido tan oportuna.... Mi asunto es un poco reservado.

—También el mío.

—Pasearémos, si te parece, por los corredores más solitarios.

—Me parece muy bien.

Así, hablando alegremente y asidas de la mano, fueron internándose las dos amigas por patios y corredores, hasta llegar á sitios casi desiertos.

—Hemos llegado á buen lugar, dijo Paulina, ¿qué me quieres?

—Lo que deseaba decirte, prosiguió Berta, es esto: no ha faltado quién me haya referido de tí algunas cosas.... ¿cómo diré?....

—¿De qué especie?

—Vamos, penosas, mortificantes.

—¿Sobre qué? Explicate.

—Dicen que no observas la compostura propia de tu estado: que eres muy alegre y sin seso.

- Siempre lo he sido.  
 —Pero con una alegría descompasada.  
 —Eso no es cierto.  
 —Que te presentas sin falta en todas las diversiones, y eres la primera en llegar á los bailes y la última en dejarlos.  
 —No niego que me gusta mucho bailar; pero eso á nadie le importa.  
 —Dicen también que tienes un círculo muy grande de amigos y adoradores.  
 —Y otro mayor de envidiosas.  
 —Que traes á tu pobre marido á mal traer por donde quiera, como si fuese tu Rodrigo.  
 —No puede servir de otra cosa.  
 —Es tu esposo y debes no sólo verlo con respeto, sino hacerlo respetar por los demás.  
 —¡Quién ha de respetar á Contreras!  
 —Tú, en primer lugar, repuso Berta con gravedad.  
 —¿Yo? ¡Qué cosas tienes! exclamó Paulina soltando una alegre risotada.  
 —Es tu obligación.  
 Paulina sacudió los hombros por toda contestación, según su hábito desdeñoso.  
 —¿Eso es todo? preguntó fríamente.  
 —No, prosiguió Berta. Dicen que por donde quiera que vas, te acompaña un caballero....  
 —Sí, Ramírez.  
 —El mismo....  
 —Y ¿qué?

- Que se habla mal de la asiduidad de tu trato con él.  
 —Chismes, chismes; no les hagas caso.  
 —La cosa no es tan sencilla. Dime, ¿es cierto que te persigue?  
 —Es cosa suya.  
 —¿Y vas con él á teatros y paseos?  
 —No sola, sino también con don Arcadio; los tres, ¿entiendes?  
 —¿Y bailas mucho con él?  
 —Lo hace admirablemente, y nos acompañamos muy á nuestro gusto.  
 —Oye, Paulina, no está bien todo eso; debes ser más prudente en tu conducta. No pasees tanto, no te prodigues de esa manera, no bailes, no andes con amigos; eres casada y debes velar por el buen nombre de tu esposo.  
 —¿Quieres que me quede en casa á aburrirme con el viejo?  
 —No á aburrirte, sino á considerarlo y quererlo.  
 —¡Si no lo quiero nada, ni puedo soportarlo! Sólo así me es llevadera la vida.  
 —Pero ¿entonces, para qué te casaste?  
 —Ya lo sabes, para salir de aquí y de pobre. ¡A don Arcadio mismo se lo dije! Nada debe sorprenderle; nunca le he querido, ni podré quererlo.  
 —Pero al menos, guárdale todo género de consideraciones.  
 —Demasiadas le guardo, cuando lo soporto.... ¡Que se dé de santos!

—Y vela por tu recato.

—Mi recato. ¿Qué hago para perderlo? Otras muchas hacen peores cosas que yo, y nadie dice nada de ellas. Se ceban en mí porque me tienen tirria; pero no les hago aprecio.

—¿Ni á mí tampoco?

—A tí sí.

—Hazlo, pues, por mí; condúctete con juicio, no seas alocada. No quiero que andes en lenguas.

—Eso no me importa, volvió á decir Paulina con infinito desprecio. Pero procuraré hacer lo que me dices, sólo por complacerte, y no porque me remuerda la conciencia de nada... Quiero decir, andaré menos con Ramírez, y seré un poco más seria...; pero eso de estar me metida en casa y no ir á teatros ni reuniones... ¡la verdad no me comprometo.

—Algo es algo, repuso Berta; pero ¿me prometes no andar con ese señor?

—Andar menos.

—Pero mucho menos.

Paulina no contestó, medio enfadada por la insistencia de su amiga. Dejó pasar algunos momentos para desviar la conversación del curso que llevaba, y luego dijo:

—Dejemos á un lado esas habladurías, que no valen la pena; ahora se trata de tí.

Berta creyó que su amiga iba á hablar-

le de sus amores con Joaquín, y abría ya la boca para soltar su confidencia, cuando prosiguió Paulina.

—Aquí está Julio.

Berta sintió como un golpe en el cerebro al oír la frase, y no pudo articular palabra.

—Aquí está, siguió diciendo Paulina, y ha venido á Fópoli con el objeto exclusivo de satisfacerte.

—¿A mí? interrogó Berta, sabiendo apenas lo que decía.

—Me ha visitado varias veces, y no hace más que hablar de tí á todas horas... Dice que te ha querido mucho, que te quiere, que te querrá siempre, y que tú también lo quisiste.

—Mentira, exclamó Berta con vehemencia. Nunca me quiso; lo que ha hecho, ha sido engañarme y burlarse de mí.

—Tú eres la engañada; ese hombre te quiere. ¡Las veces que ha llorado delante de mí al pronunciar tu nombre!

—Es un hipócrita.

—No lo creas.

—No lo creo; lo juro.

—Le referí lo de la carta, y quedé asombrado. Afirma que es una impos-tura.

—La he visto con mis propios ojos.

—Está dispuesto á confundir á Consue-lo; dice que ella la fraguó.

—¿Qué quieres tú que diga!

- Dice que lo puede probar.  
 —Es demasiado tarde.  
 —Jura por Dios no haber dado motivo para el rompimiento.  
 —¿Ves cómo miente?  
 —Como quiera que sea, ¿no te parece que lo mejor sería que él y tú trataran el asunto directamente?  
 —No hay para qué; todo ha concluido entre nosotros.  
 —Pero puede renacer.  
 —Imposible.  
 —Mira, Berta, no seas testaruda. Te aseguro que ese hombre te quiere de veras y habla de buena fe.  
 —¿Y Consuelo? ¿qué dice de Consuelo?  
 —Nunca la ha querido; pero si le desprecias, puede caer en sus redes.  
 —Pues que caiga. ¿Tiene la desfachatez de negar que ya cayó en ellas?  
 —Por todos los santos del cielo.  
 —Déjalo mentir cuanto quiera; bien sé á qué atenerme.  
 —Reflexiona, querida Berta; va tu suerte de por medio. Julio es un caballero excelente: bueno, guapo y cumplido. ¡Qué buen par harían él y tú! He venido á proponerte que hables con él en mi casa. ¿Qué se pierde con eso? Que se arreglan ustedes, ¡qué alegría! Que no se entienden, ¡pues se acabó la incertidumbre!

- No, no, de ninguna manera, protestó Berta con demasiada violencia.  
 —No seas mala, ¿Por qué nó?  
 —Por muchas razones: no lo quiero, no lo creo, y, sobre todo.....  
 Vaciló un momento.  
 —¿Sobre todo?  
 —Voy á casarme.  
 —¿Tú?  
 —Sí.  
 —¿Con quién?  
 —Con Joaquín.  
 —¡Con él! exclamó Paulina con inmenso asombro y desprecio. ¿Con ese infeliz?  
 —Sí, con él; le he dado mi corazón y mi palabra.  
 —Pues retíraselos.  
 —No es posible.  
 —¿Por qué?  
 —Porque no quiero.  
 A contestación tan categórica, siguió un prolongado silencio, y después otro coloquio no menos largo, en el cual Paulina defendió con empeño la causa de Julio, procurando por cuantos medios pudo, hacer odioso y ridículo á Joaquín y enaltecer á aquél á los ojos de Berta; y, en vista de que sus argumentos resultaban inútiles, habló después con gran calor de los horrores de la pobreza, la humillación y la insignificancia sociales, del desamparo en que Berta había vivido

siempre, y de la ocasión que se le presentaba de mejorar su destino, no olvidando, á la vez, pintar con colores muy negros la vida que le esperaba al lado de aquel menguado Joaquín, pobre, cobrizo y sin la más remota esperanza de medrar. Pero la dialéctica de Paulina dió un resultado contrario á lo que ésta aguardaba; pues Berta fué tornándose más y más intratable á medida que su amiga se empeñaba en llevarla por donde quería, hasta que, al fin, hubo Paulina de darse por vencida.

—Tú sabes lo que te haces, concluyó fastidiada; he hecho cuanto he podido por quitarte la venda de los ojos, pero ya que te empeñas en hacerte infeliz para toda la vida, que buen provecho te haga. Voy á decir á Julio que eres muy terca, que te vas á casar con un indio feo y pobre, que no vuelva á ocuparse en tí, y que se case con Consuelo.

—Mucho te lo recomiendo, replicó Berta un tanto picada; me harás con ello un gran servicio.

Así se despidieron las dos amigas, descontentas la una de la otra; mas Berta, en quien el diálogo y la pugna habían mantenido despiertos los espíritus batalladores, apenas se quedó sola, sintió una nube de abatimiento y de congoja sobre el corazón. La prolongada insistencia de Julio le daba mucho qué pensar. ¿Por

qué se empeñaba en satisfacerla, si no la quería? Repulsa tras repulsa habia sufrido sin desconcertarse, y, al ver la inutilidad de sus esfuerzos á distancia, habia acabado por trasladarse á Fópolis, para hablar con ella. ¿Qué impulso podía moverle á insistir tanto, si no la quería de veras? Si ella hubiese sido joven prominente y de viso, habria podido achacar á cálculo y ambición de Grimm cuanto hacia; pero siendo, como era, una huérfana desamparada, tal supuesto era inadmisible. ¿La querría, pues, sinceramente? ¿Sería cierto que su corazón habia latido y seguía latiendo por ella? Mas al llegar á este punto, le asaltó, sin poderlo remediar, el recuerdo del documento que Consuelo le habia entregado, y se renovaron sus airadas y rencorosas dudas. Nó, aquel hombre era un impostor, y cuanto decía para justificarse, no era más que una farsa. Era imposible que Consuelo hubiese podido escribir aquella carta: primero, porque no tenía tanta habilidad como se hubiera necesitado para falsificarla tan bien, y en segundo lugar, porque no era tan mala como hubiera sido preciso para perpetrar una acción tan villana. Las mujeres, se decía, no son tan perversas ni atrevidas como los hombres; Grimm se habia burlado de ella una vez, pero no se burlaría otra; ¡eso no!

Pero ¿si decía verdad? Paulina asegu-

raba que le había visto llorar al hablar de sus amores. ¿Qué significado tendrían aquellas lágrimas? ¿Cómo podía un hombre entregarse á tales extremos, sin estar dominado por un sentimiento real y profundo? ¿Sería posible que la carta tuviese alguna explicación satisfactoria?... ¡Imposible, imposible! Sobre todo, ¿á qué se atormentaba con aquellas ideas? No era libre ya, supuesto que había empeñado su palabra á Joaquín. Aquel sincero y noble mozo sí que la adoraba con toda el alma; y ella también sentía quererle, no con el amor pequeño y vulgar que se basa en la admiración física, sino con el elevado y noble que busca y halla su fundamento en las más exquisitas excelencias del espíritu y el corazón. ¡Afuera, pues, los recuerdos de un pasado humillante y el miraje de imágenes funestas! Su porvenir, el que ella merecía y el único á que podía ambicionar, era el que iba siguiendo.

No obstante, á fuerza de tanto deliberar, no pudo conciliar el sueño durante toda la noche, y, aunque la firmeza de su voluntad y de su afecto á Joaquín no llegaron á flaquear, empapó con acerbo lloro la almohada, y sollozó hasta el amanecer, si bien por lo bajo, para no ser oída por sus compañeras; y al siguiente día se sintió fatigada, como si hubiese sostenido una lucha prolongada con un gigante. Mas á pesar de todo, ó

tal vez por eso mismo (¡son tan impenetrables los misterios del corazón!), aquella misma mañana, tan pronto como hubo tomado el baño habitual y peinado el rubio y rico pelo, salió por los departamentos á buscar á Joaquín, y no paró de corretear hasta haberle encontrado.

—Joaquín, le dijo al verle, tendiéndole la mano, rato há te buscaba.

—¿Qué te pasa? preguntó el joven sorprendido, pues era la vez primera que Berta iba en pos suya.

—Tonterías, puerilidades si quieres, repuso Berta; pero que me tienen muy impresionada.

—Cuéntamelas, Berta mía.

—Una pesadilla: soñé que, hallándonos juntos en un sitio muy hermoso, habíamos sido asaltados por malhechores, que se habían apoderado de mí y nos habían separado. ¡Si vieras cuánto lloré! Te llamaba y te pedía auxilio al sentirme arrastrada lejos de tí. ¿No te ríes de mi insulsez?

—De ningún modo, repuso Joaquín con seriedad; comprendo tu preocupación, porque eso de separarnos, ¡nunca; antes la muerte!

—Lo mismo digo yo.

—Bendita seas.

—Esa pesadilla me ha hecho venir á buscarte, pues quiero pedirte un favor. Ya se sabe que los sueños no salen ciertos, ni son



revelaciones de cosas ocultas, como cree el vulgo; pero ¡qué quieres! estoy muy impresionada, y para calmar mis nervios, te ruego apresures cuanto puedas la fecha de nuestro enlace.

¿Qué motivo impulsaba á la joven á dar aquel paso? ¿Estaba ansiosa en realidad por unirse á Joaquín, ó temía su propia flaqueza? Tal vez hayan militado en su ánimo conjuntamente aquellas dos causas; mas Joaquín, que no podía meterse á analizar intrincadas psicologías, se limitó á adorar lo que miraba, lleno de dicha al sentirse tan amado.

—Berta mía, repuso con voz enternecida, ¡cuán buena eres! Te prometo abreviar los trámites de nuestro matrimonio, pues lo deseo más que tú.

—Lo creo, Joaquín; tengo fe absoluta en tu cariño.

Los ojos de uno y otro se encargaron de decir lo que faltaba, mientras su pecho se alzaba y deprimía precipitadamente al influjo de su tierna emoción.

Desde aquel día no cesó Joaquín de ir y venir, y afanarse á todas horas, ayudado en su empeño por sor Ignacia, por las hermanas, por doña Dorotea y por don Teodomiro. Todo se volvió compra de muebles, géneros y utensilios para montar una modesta casa; y esto quedó hecho con presteza. El corte y la costura de todo linaje de telas y confecciones, quedaron en-

comendadas á las blancas manos de las asiladas; y por este medio y con poco gasto, pudo prepararse para Berta una canastilla de bodas bastante aceptable, pues, á falta de sedas y trajes lujosos, las randas, calados y tejidos que se veían en fundas y camisolas, hubieran podido dejar boquiabierto al observador más exigente y descontentadizo. Las marcas de la ropa blanca fueron maravillosas, ya grandes y de hermosa forma gótica, ó bien caladas y deshiladas con pasmosa paciencia. Cada hilo del tejido fué trabajado aparte, ya para eliminarlo con fino tacto, ya para cogerlo, estrecharlo y enlazarlo con otros, en forma de vapor condensado y nube sutil y vaporosa. ¡A falta de riquezas, la delicadeza de las labores! En buenas manos andaba el pandero.

Joaquín dibujó los diseños del mobiliario, y José se encargó de su construcción. De humilde pino fué el menaje; pero con tal corte y tales molduras realizado, que daba gusto de verlo, pues era artístico y de buen gusto, y al mismo tiempo, sin pretensiones.

Los ahorros de Joaquín llegaban ya por entonces, á unos ochocientos pesos, entre producto de lecciones y entradas extraordinarias por participación en conciertos y orquestas de ópera. A eso se había agregado el valor de los objetos le-

gados por don Juan José Matute, que fué como de otros cien pesos. Novecientos duros bien distribuídos, entre gente pobre, dan mucho de sí, como se vió en la ocasión presente, pues sirvieron para hacer verdaderos milagros.

Berta, por su parte, pudo disponer del donativo que sus padrinos le habían consagrado al bautizarla. Sor Ignacia había invertido aquel fondito en diversas empresas y negocios, y en el transcurso de veinte años, había logrado aumentarlos considerablemente; así que, cuando se habló del matrimonio, manifestó á la asombrada joven, que tenía á su disposición como seiscientos pesos, que le pertenecían en absoluta propiedad y dominio. Tan feliz circunstancia permitió á Berta hacer un enorme gasto por su cuenta propia, y fué el de comprarse un piano, cuya adquisición había sido el sueño dorado de toda su vida. Don Teodomiro dió noticia para ello, de dónde y cómo se encontraba de venta uno de media cola y medio uso, de la afamada fábrica de Chickering, perteneciente á ciertos ricos que, próximos á cambiar de domicilio, andaban quemando sus cosas. Puesta la joven sobre la pista de tan buena oportunidad, comisionó al mismo maestro para que ajustase el contrato, y tal maña se dió éste y tal empeño tomó en el desempeño del encargo, que logró adquirir el armonioso ins-

trumento por solos quinientos pesos, á pesar de no tener lacra ni imperfección alguna en caja, tecla, martinete ó cordaje. Pocos días después de haber hecho la compra, se presentó un postor ofreciendo por él buena utilidad; pero sus proposiciones fueron desechadas.

El piano significaba para los novios todo un mudo de goces: la continuación del éxtasis artístico de su vida, el recuerdo de sus amores y la renovación constante de sus ideales. Joaquín seguiría agilitando los dedos en el teclado é interpretando los obras maestras de los grandes compositores, Beethoven, Schuman, Chopin, Liszt, Grieg; ella continuaría dando voz á las partituras de los compositores más inspirados: Mozart, Weber, Bellini, Donizzetti, Verdi. Así pasarían los días llenos de encanto, consagrados al arte y al amor, lejos del mundo y de sus perfidias. El piano era de tal importancia para ellos, que gustosos habrían prescindido de su mobiliario, y hasta dormido sobre humildes esteras, en caso de necesidad, con tal de tenerle en su casa.

No desveló á Berta, como había acontecido á Paulina, el anhelo de un lujoso traje de boda; sino que se contentó con el que Joaquín pudo darle. Las mismas asiladas se encargaron de confeccionarlo; pero supieron dar al humilde linón de que fué hecho, cortes y pliegues tan

elegantes, que hacían olvidar la pobreza de la tela; y el velo, aunque de punto de hilo, pareció vaporoso é ideal, echado sobre el bello, distinguido y esbelto cuerpo de Berta.

Así se hicieron las cosas en familia, hasta el punto de que, para evitar la intervención de todo género de elementos exóticos, fué convenido elegir padrinos dentro del mismo Hospicio; y los jóvenes se fijaron desde luego para tan alto ministerio en don Teodomiro y en doña Doroeta, quienes aceptaron la distinción con reconocimiento y alegría. Don Teodomiro, haciendo quién sabe qué "combinaciones," pudo regalar á Joaquín el traje de novio, compuesto de un terno de paño negro: jaquet, chaleco y pantalón bien ceñido á la pierna, como se usaba entonces. La señora López, hurgando por los rincones de su cuarto, halló algunas preciosas antiguallas, que, á fuerza de haber caído en desuso, habían vuelto á ser nuevas: un pañuelo de nipsis filipino, un mantón de vivos y brillantes colores y un tabor chino, de tamaño mediano, capaz de despertar la codicia de cualquier anticuario. Se desprendió también la buena señora, con aquella ocasión, para mostrar el profundo cariño que á la joven profesaba, de cierto collarcito de menudas, parejas y blancas perlas, y de unos pendientes de la misma composi-

ción, que hacían juego con aquél, y que ella había salvado del naufragio de su pobreza y de la voráGINE de las casas de empeño, como por obra de milagro.

—Pensaba dejar á usted estas bagatelas por herencia, dijo la simpática viejecita á Berta, al hacerle entrega de aquellas cosas; pero ¿qué mejor ocasión que ésta para ponerla en posesión de ellas? A mí no me sirven para nada, ni pueden parar en manos más blancas ni más hermosas, ni más puras que las de usted.

Berta se negaba á aceptarlas; pero doña Dorotea insistió con tales y tan sinceras instancias, que no hubo medio de resistir sin ofenderla.

El día de la boda fué de gran resonancia en el Hospicio. Renunciamos á describir la belleza de la joven ante el altar; todavía es recordada en Fópoli después de trascurridos tantos años: parecía un ángel medio velado por casto y misterioso celaje. Joaquín, loco de felicidad, hubiera querido ir tras ella de rodillas y besarle los pies antes de recibir su mano de esposa. Aquel día hubo gran fiesta en la casa, cuyo carácter dominante fué el artístico, como era de rúbrica: la Jauja, "las Bodas de Camacho," el "acabóse" de la música. Don Teodomiro puso en juego todos sus recursos en la línea de orfeones, coros, cantantes, banda y orquesta, para darle realce. Desde la madrugada

comenzó la enormidad. Al romper el alba, la banda, que fué situada en el patio de entrada, rompió en muy hermosos himnos y marchas, y siguió luciendo sus habilidades hasta la hora de la misa; entónces les tocó la vez de lucir las suyas al orfeón (que era el del Colegio de Infantes), á la orquesta y á los cantantes. La misa del mejicano Luna, que se celebró, fué exornada y magnificada con rica ostentación de elementos sonoros, instrumentales y vocales; y á la hora del refectorio, alternaron sin descanso, la banda y la orquesta, tocando piezas populares ó selectas. Y el derroche instrumental continuó desarrollándose durante la siesta y la tarde, sin pausa, intervalo, ni solución. Fué aquello soberbio y monumental, como correspondía á las aficiones y calidad del padrino y los desposados; pues tan opulento despilfarro de notas y armonías, pizzicattos y trémolos, hizo para ellos, que eran tan pobres, las veces de lo más exquisito y costoso de todo lo que puede hallarse en este mundo. Y la música por sí sola llevó aquellos sencillos ánimos á un estado tal de fraternidad y embelleso, que se mezclaron y confundieron viejos y niños, y gobernantes y gobernados, en un regocijo común.

En la casa del rico, habrían abundado en ocasión semejante, los exquisitos man-

jares, las pirámides montadas y los cestillos de frutas y de flores; se habrían apurado copas de Rhin, Burdeos y Borgoña; y á los postres, se habrían descorchado ruidosas botellas de Champaña entre la algazara de conversaciones, risas y brindis. En las bodas de Berta y Joaquín, fué la minuta de un orden muy diferente, pero no menos magnífico, pues se compuso de grande abundancia de oberturas, sinfonías, sonatas, sonatinas y otras delicias acústicas; y esas exquisiteces causaron á los presentes una embriaguez más dulce y placentera, que la que hubieran podido producirles innúmeras botellas de Chateau Iquem, Ponté Canet y Viuda Cliquot Ponsardin.

Al declinar el sol, se trasladó el concurso á la azotea para respirar aire puro, dominar horizontes extensos y bañar de luz el alma y el cuerpo; y aquella vasta y elevada llanura resonó con alegres ecos de música, risas y retozo, pues la banda subió también con instrumentos y atriles. La satisfacción de no ver en torno muros opresores, de respirar brisas frescas, llegadas de todas las lejanías, y de admirar el cielo en toda su extensión, hizo latir aquellos corazones marchitos, afluir la sangre á aquellas mejillas pálidas y chispear el placer hasta en las pupilas más opacas y tristes. Para rematar la fiesta, hubo baile y jaleo entre asiladas

y asilados, y llegó á tal punto el contento, que parecía que aquella muchedumbre había perdido la razón; y Berta y Joaquín tomaron parte activa en la zambra, como si hubiesen querido saturarse de aquella vida, antes de dejarla para siempre.

De pronto pareció que iba á aguarse, al pie de la letra, la fiesta, pues pesadas y negras nubes se levantaron por el lado del oriente; y con la misma rapidez con que en el mar se desata la borrasca, cuando, apenas bosquejada como punto oscuro en el horizonte, se cubre éste luego de una cerrazón opaca, y corren desbocados los aquilones: así cambió el aspecto del cielo en un solo instante, invadido por vasto y negro nublado. Sopló después un viento frío y húmedo, precursor de lluvia, y hasta principió á chispear un poco; mas, cuando ya se pensaba en abandonar el sitio, hubo grandes y súbitas mutaciones en el espacio. Las nubes en falange cerrada, comenzaron á huir hacia el Norte, solicitadas por la atracción de una enorme hoya que por aquellas partes se extiende; y el sol, que había estado luchando largo tiempo por deslizar sus rayos al través de ellas, logró al fin perforarlas, con el ariete de su luz, y por aquel boquete abierto, lanzó sus ráfagas sobre Fópolis, tan apretadas y juntas, que parecían haz divergente de aureas espadas y saetas. Las finísimas y escasas gotas

que seguían cayendo del cielo, al cruzar la atmósfera luminosa, se trocaban en lluvia de diamantes. Los hospicianos contemplaban la escena con embeleso, vuelto el rostro hacia arriba, y no se saciaban de mirar aquellos contrastes de luz y sombra, aquella lucha del sol con la tormenta, y aquellas inesperadas y gloriosas metamorfosis del cielo.

Repentinamente, sobre el fondo plomizo-oscuro de las nubes, se dibujaron dos altos, amplios y esplendorosos arco-iris, concéntricos entre sí. El mayor de ellos era tan elevado, que llegaba al cenit, en tanto que hundía sus jambas en el lejano horizonte; mientras el más bajo, circunscrito al mayor, era su reproducción exacta y fidelísima. Las franjas matizadas de uno y otro, armonizaban entre sí con suavidad exquisita, y sus tonos, brillantísimos hacia el centro, iban desvaneciéndose hacia los lados, hasta ahogarse y fundirse unos en otros en sus puntos de contacto. Aéreos, impalpables, maravillosos, parecían puertas abiertas en la altura para dar paso á los ángeles y á los arcángeles.

Por un impulso solo, ante aquel espectáculo tan maravilloso, se movieron las manos de los asilados, y resonó un aplauso nutrido y prolongado por las azoteas, aplauso tributado á tanta belleza como la mano del Omnipotente

había querido desplegar ante los ojos de los pobres.

Don Teodomiro, nervioso y excitable, había andado agitándose sin cesar y haciendo visajes con la vista fija en lo alto. Algo quería decir, que no hallaba forma de expresar, y monologaba en medio de los circunstantes, como si nadie le viese; mas, al extender el arco-iris sus ráfagas matizadas y luminosas, y al estallar el aplauso de los hospicianos, no pudo contenerse más, trepó á lo alto de una barda, é imponiendo silencio al auditorio, gritó fuera de sí:

—Señoras y señores: el espectáculo que tenemos á la vista es uno de los más hermosos que puede contemplar la "creatura." Allá arriba, en la "regeón" superior, á donde no llegan las "miséreas" de este bajo mundo, se libran batalla encarnizada la tempestad y el sol; y acabamos de ver que el luminar del día ha salido triunfante, pues ha desbaratado los escudrones de las tinieblas con sus ametralladoras de luz. Dichosos los fopolitanos que podemos presenciar estos cuadros, porque no hay otro pueblo de la tierra que tenga un cielo tan hermoso como el nuestro; por eso debemos vivir con la vista fija siempre en la altura, para beber en ella "inspiración," hermosura y grandeza. Nuestro aplauso entusiasta pinta nuestro "carácter;" tenemos la "intuición" de lo her-

moso, y desde el más "doto" al más "inorante" de entre nosotros, todos amamos y comprendemos la belleza. Nuestro aplauso á la obra de "Deos," puede ser comparado, aunque en humilde escala, con la "adoración" de los espíritus beatíficos al Omnipotente; porque las arpas, salterios y violas que tocan los ángeles en el cielo, no tienen otro sentido ni llevan otro "objeto" más que el de ensalzar el poder y las obras del Altísimo.—Ese admirable y doble arco-iris que acaba de formarse á nuestra vista, parece, además, haberse abierto en el cielo para servir á Berta y á Joaquín de puerta de entrada en su nueva vida.

Hizo luego una pausa, elevó al cielo una mano, y extendiendo después la otra hacia Berta y Joaquín, exclamó con acento grave y casi sacerdotal:

—¡Glórea á Deos en la altura y triunfo al arte en la tierra!